

LA CULTURA POLÍTICA DE LA GENERACIÓN 2011

Francisco Arellano



RESUMEN:

Este artículo aborda los gérmenes de cultura política que porta la generación que viene de las movilizaciones de los años 2006 y 2011. A partir de una reflexión sobre la asamblea como forma de organización, se analiza su impacto en las concepciones de democracia, debate, representación, transparencia y conducción política. Junto con ello, se desarrollan algunos elementos de cultura política para la construcción de una organización política transformadora.

PALABRAS CLAVE:

- Cultura política
- Generación 2011
- Movimiento estudiantil
- Asamblea
- Democracia

La conformación del Frente Amplio ha sido recibida con interés e, incluso, entusiasmo en diversos sectores de la sociedad chilena. La posibilidad de que surja un nuevo conglomerado político, encabezado por varias de las figuras que surgieron del movimiento estudiantil, señala una oportunidad histórica para revertir el cierre de la política pactada en la transición a la democracia chilena.

Sin embargo, la tarea de convertirse en una fuerza política con capacidad de alterar el curso histórico de una sociedad, no es nada de sencilla. La historia de nuestro país es rica en aventuras generacionales, que irrumpen rebelándose contra el orden existente en su tiempo, y que luego terminan siendo incorporadas a la administración del mismo orden contra el cual se rebelaron, o son desarticuladas.

No existe ningún recetario para resolver este asunto de antemano. Cada generación debe buscar y formular sus propias respuestas. Hacerlo, implica construir una fuerza social y política con verdadera autonomía del orden existente, es decir, con una mirada propia y colectiva de la sociedad en que habita, consciente del interés social que se representa. Dicha autonomía es la que permite concebir un pensamiento y curso de acción eficaz para desarmar el complejo entramado de relatos, instituciones, sentidos comunes y prácticas que están constituidos, precisamente, para evitar que el orden vigente sea alterado.

En estos primeros meses tras su constitución, el Frente Amplio ha dado ciertas señales que merecen ser miradas con atención, con el fin de alertar comportamientos o prácticas que deban ser trabajados. Una cosa es declarar que se pretende superar a la Concertación y la “vieja política”, y otra cosa es efectivamente hacerlo.

La primera señal de preocupación son los quiebres internos que han vivido varias de las organizaciones que vienen de la generación 2011. Más allá de los argumentos esgrimidos por cada sector, el hecho de que Izquierda Autónoma -de cuyo quiebre nace Movimiento Autonomista-, Nueva Democracia e Izquierda Libertaria hayan sufrido quiebres significativos entre sus liderazgos, señala una dificultad general para resolver democráticamente las diferencias legítimas que existen al interior de toda organización política. También lo es la conducción a base de golpes mediáticos que ejercen Gabriel Boric y Giorgio Jackson. Fuera de la valoración de la decisión de excluir a Alejandro Navarro como candidato, y la de levantar a Beatriz Sánchez, difícilmente se podrá construir una alianza sólida sin discutir y resolver colectivamente estos temas. Por último, no puede ser sino signo de preocupación, el hecho de que ambos diputados se abstuvieran el año 2016 en la votación de la partida de presupuesto para la política de gratuidad en educación del Gobierno, a pesar del llamado de las organizaciones estudiantiles a votar en contra. Esto evidencia un distanciamiento del proceso social de donde vienen estos diputados, lo que tampoco es reemplazado por la afirmación de algo distinto, pues su abstención más bien señala su neutralización como actores políticos.

El objetivo de este artículo es indagar en algunos de los rasgos de cultura política que porta la generación que viene de las movilizaciones 2011, es decir, definir y caracterizar las concepciones y prácticas políticas que emanan de esa experiencia de movilización. Con esto, se busca iluminar posibles fortalezas y debilidades heredadas de esa experiencia, a modo de contribuir al debate sobre los desafíos que debe enfrentar el Frente Amplio, si desea producir reales cambios en Chile.

I. EL PESADO LASTRE DE UNA CONCIENCIA ASAMBLEÍSTA

Un componente fundamental del Frente Amplio es la generación que emerge de las movilizaciones universitarias del año 2011. Varios de los otrora colectivos universitarios se han constituido como movimientos políticos y, a pesar de que han buscado convocar a otros segmentos y sectores de la sociedad, etaria y socialmente hablando, la mayoría de sus miembros y de sus conducciones viene de esa experiencia.

El movimiento universitario que irrumpe el año 2011 no se constituye en el vacío. Al interior de las universidades y de los liceos existía ya un movimiento estudiantil. Este era encabezado en parte importante por las juventudes del Partido Comunista, pero donde también tenían un lugar todas

las juventudes de los partidos que se inscriben después del plebiscito del '88. En gran medida, los movimientos de los años 2006 y 2011 son una reacción contra el contenido y forma que esas organizaciones políticas construyeron¹.

La razón es sencilla. La estructura de las juventudes de los partidos, particularmente los de la Concertación, ofrecía un espacio de participación formal, mas no una vía para canalizar las demandas corporativas propias de la base estudiantil. La solución definitiva al problema del crédito universitario, y más significativamente, la demanda de educación pública, gratuita y de calidad, simplemente no era procesable por el sistema de partidos. Al contrario, en su propio proceso de descomposición y desarraigo de la sociedad, éstos se convirtieron en una gran agencia de empleos estatales, donde no tenían cabida las demandas de los estudiantes.

Lo propio ocurre con el Partido Comunista, que a pesar de encontrarse fuera de la Concertación, prioriza una agenda partidaria que reiteradamente posterga y desplaza las demandas de los estudiantes. Emblemáticas, en este sentido, fueron las movilizaciones universitarias del año 2002, que el Partido depuso en el marco de sus propias negociaciones con el gobierno, y que significó el quiebre con la generación de juventudes comunistas que habían reorganizado la Fech, y que renunciaron al partido.

De este modo, al enfrentarse con las dirigencias y partidos presentes en el movimiento, que se habían mostrado ineficaces para dar solución a las demandas materiales de su base social, los estudiantes se volcaron a la forma más básica y primitiva de organización: la asamblea. Es la elemental invocación al soberano. Esta asamblea es horizontal y de carácter permanente porque sus premisas fundantes son la igualdad de sus integrantes, no hay jerarquía o cargo que los distingan, y su condición de soberano implica que, en potencia, siempre que sea necesario la asamblea puede y debe ser convocada. Fue en el curso de este proceso de maduración, que parte a mediados de los noventa, y arrastra toda la década de los dos mil, que la polaridad entre representantes y asamblea se constituyó en una de las dicotomías fundantes de la oposición entre “vieja política” y los “nuevos movimientos sociales”.

Este giro, desde una estructura más cercana a los partidos hacia la asamblea, se experimentó por toda una generación como un gran avance democrático. Y en cierto sentido lo fue. Tanto el contenido de la demanda, como su radicalidad en términos de la forma de la movilización (la disposición a estar un año en paro, como en el caso del 2011) no tenían cabida en la estructura de representación ofrecida por las juventudes de los partidos de la Concertación ni el Partido Comunista. De este modo, a través de la asamblea, se constituyó por primera vez, desde el retorno a la democracia, una organización estudiantil de los estudiantes para los estudiantes.

El impacto social y político de las movilizaciones de 2006 y 2011 llevó a una generación (que en muchos casos eran literalmente las mismas personas, primero como secundarios y luego como universitarios), a concebir como estrechamente vinculados el cambio organizacional (partidos por asamblea) con el éxito alcanzado. Los valores asociados a este cambio: horizontalidad, transparencia, democracia directa y rendición de cuentas, se convirtieron, para esta generación, tanto en la base misma de la democracia, como en el camino del éxito político.

Los valores que se extraen de la experiencia asambleísta constituyen uno de los componentes centrales de la incipiente cultura política de la generación 2011. La ausencia de otras experiencias políticas, la carencia general de formación política en la sociedad chilena, y el fuerte rechazo a los partidos de la transición, forja, por la vía de la experiencia sentida de quienes participan en ese ciclo de movilizaciones, la base de la cultura política con la que luego se lanzan a construir el Frente Amplio. Desentrañar esa cultura, permitirá reconocer las fortalezas y debilidades de esa generación, y cuestionarse sobre si aquella base es suficiente para construir organizaciones políticas transformadoras.

1 Para un análisis detallado de este proceso, y las reflexiones de los dirigentes que originalmente promovieron el giro asambleario ver Thielemann, L. (2016). *La anomalía social de la transición. Movimiento estudiantil e izquierda universitaria en el Chile de los noventa (1987 – 2000)*. Santiago: Tiempo robado editoras.

La premisa fundante de la concepción de “democracia” de la generación 2011 es que la democracia está en la asamblea, pues ahí está el soberano en su estado “natural”, sin mediación. Por tanto, las decisiones de la asamblea son “democráticas” en su forma más directa e inmediata. De este modo, la asamblea se presenta como más democrática que cualquier otra forma de organización, pues no hay mediación de la voluntad del soberano por representantes.

El problema con la democracia asamblearia es que, mientras efectivamente hay una representación directa del “sentir” mayoritario, es muy poco democrática en términos de permitir un debate claro y ponderado sobre las alternativas en disputa. La situación de masas que se experimenta en la asamblea, dificulta enormemente el adecuado desarrollo y deliberación sobre cada una de las posiciones que se presentan ante ella. En cambio, lo habitual es que se imponga la postura que mejor interpreta emocional y retóricamente a los asistentes, sin una adecuada discusión de las implicancias de cada una de las posiciones.

La discusión sobre las limitantes democráticas de la asamblea es tan vieja como la forma asamblea misma, pero en este caso es relevante observar, especialmente, las particularidades que esta forma de organización toma en manos de hijos de la transformación económica de la dictadura, y la democracia pactada de la transición.

II. APRENDER A CONSTRUIR COMUNIDAD POLÍTICA

A pesar de su aporte en términos de convocatoria, lo cierto es que la forma asamblea no permitió reflexionar en detalle los distintos cursos de acción del movimiento. Imposibilitados de cuestionar su legitimidad, pues era la premisa fundante del mismo movimiento, los dirigentes optaron reiteradamente por alcanzar acuerdos del carácter más amplio posible en las asambleas, a modo de luego poder resolver con sus grupos de confianza los cursos efectivos de acción. Como nunca existió la posibilidad real de una negociación con el gobierno remotamente cercana a las demandas de los estudiantes, el movimiento nunca se vio sometido a la necesidad de resolver entre posiciones verdaderamente complejas.

Esta forma de organización, eficaz para producir el impacto que tuvo el movimiento estudiantil en la sociedad chilena, porta profundas deficiencias al momento de construir una organización propiamente política. La primera es que, al equiparar la democracia con la asamblea, se prioriza una concepción de democracia centrada en la experiencia de los participantes de sentirse en un “momento democrático”, por sobre la construcción de un entendimiento racional entre los miembros de una colectividad de los argumentos detrás de cada postura. Lo que se gana en términos de cantidad de apoyo a una propuesta, se pierde en la calidad de la adhesión y profundidad de compromiso de cada individuo a esa posición.

El efecto más general, cuando se naturaliza la concepción de lo democrático que deriva de la asamblea, es que se pierde de perspectiva la importancia, y la dificultad, de debatir para construir posiciones sólidas y verdaderamente vinculantes. La asamblea incentiva la utilización de ideas sencillas, fáciles de expresar en medio del tumulto, y construidas a partir de los presupuestos que los participantes ya tienen sobre los temas que se están tratando. Una idea que contradice esos presupuestos, una idea “contra-intuitiva”, ajena a los supuestos que porta el sentido común sobre una discusión, y que, por tanto, requiere ser debatida y procesada para poder ser valorada en su propio peso, tiene mucha dificultad para hacerse un lugar en la asamblea.

En una asamblea, la posición que más probabilidades tiene de imponerse, sin importar su contenido concreto, es aquella que conecte emotivamente con el auditorio, a partir de los sentidos comunes y presupuestos que ya carga la audiencia. Al equiparar esta forma de adhesión a la democracia, se construye una concepción que es reactiva de la idea misma del debate, porque la experiencia concreta vivida por quienes experimentan la asamblea es que es posible lograr la unidad de la multitud a partir de ideas no contradictorias y fácilmente disponibles. El proceso de construir comunidad y estrategia política a través del diálogo, desentrañar lo bueno y lo malo de ideas que son contradictorias entre

sí, y tratar de producir a partir de ello nuevas ideas, es visto como un obstáculo para construir esa unidad. Quien promueve el debate y la discusión puede incluso llegar a ser visto como alguien que busca destruir la unidad de la asamblea.

Estas características de la asamblea no deben ser valoradas como buenas o malas a todo evento. Claramente, para efectos del movimiento 2011, tuvieron un impacto movilizador y democratizante, y en ese sentido, fueron virtuosas. Sin embargo, cuando la tarea es construir una organización política, y más aún, una organización política cuyo fin es transformar la sociedad, es vital revisar los supuestos de cultura política que subyacen a estas prácticas, pues sino, la construcción de la organización será ciega a los mismos principios que portan sus miembros. Estos presupuestos incluso pueden ser contrarios a los fines declarados por la organización.

La izquierda, inmersa en la grave y profunda crisis de incidencia que la afecta a nivel mundial por ya casi cuarenta años, necesita debatir. Y mucho. Reconstruir la historia de sus luchas, caracterizar la forma concreta de capitalismo vigente, tomar conciencia de las formas culturales en las que se expresa el poder, reconocer las grietas del orden existente y construir una táctica y una estrategia coherente con estos diagnósticos, son todas discusiones abiertas y pendientes en la izquierda². Para ellas no existe una respuesta rápida, y que requieren de mucho trabajo y debate para siquiera empezar a echar luces al respecto.

Desafortunadamente, la experiencia de las movilizaciones estudiantiles contribuye poco a forjar una verdadera práctica de confrontar ideas constructivamente. Una discusión edificante parte de la base de escuchar el argumento del contrario, y debatir con la mejor versión de dicho argumento, con el fin, no de ganar la posición propia, sino de producir la mejor idea común para todas las partes que participan de la comunidad. Al contrario, la práctica de la asamblea incentiva a debatir con la caricatura de la posición del rival, pues resulta el camino más eficiente para desacreditarlo ante la multitud. Nos guste aceptarlo o no, la generación 2011 porta con un déficit negativo en términos de hábitos para construir comunidad política.

III. LA REPRESENTACIÓN Y LA DESCONFIANZA

Del mismo modo que la movilización 2011 instala una determinada concepción del proceso democrático, lo propio ocurre con la idea de representación. Al constituirse la movilización en oposición a las estructuras y dinámicas existentes en el movimiento estudiantil, también lo hace con una fuerte oposición a la figura del representante “desanclado” de las bases sociales.

La experiencia de los años noventa y dos mil instala en el movimiento estudiantil una fuerte desconfianza hacia los representantes. La autonomía relativa de los representantes —la delegación— se convierte en la posibilidad de que el representante actúe siguiendo su interés personal o partidario, y no el interés de la base estudiantil. Producto de lo anterior, se construye la convicción de que en la medida que no exista control social directo sobre el representado, siempre actuará sobre la base de un interés ajeno al de la asamblea. Esta idea se realiza mediante el reemplazo de la figura del representante por la del vocero. Despojado de ideas o pensamiento propio, el vocero debe reproducir de la forma más literal posible el mandato de la asamblea.

Esta forma de concebir la representación trajo réditos importantes para el movimiento. Permitió convocar a muchos desencantados con la política de la transición, que vieron en estas concepciones más cercanas a la idea de la democracia directa, el camino para reapropiarse de la política. Sin embargo, esta desconfianza de la representación, también tiene impactos negativos en términos de cultura política, particularmente, en la posibilidad de construir una organización política madura y capaz de proponerse desafíos complejos.

² Para profundizar sobre táctica y estrategia se recomienda las charlas de la escuela Eugenio González Rojas, disponibles en <http://www.nodoxxi.cl/escuela-de-formacion>

La representación se basa en la confianza. La asamblea, en cambio, se basa en la desconfianza. La horizontalidad y el carácter permanente impiden que alguno de sus miembros utilice el espacio político para fines privados: siempre debe volver a rendir cuentas a la asamblea. Nuevamente, esto fue efectivo para convocar a una base social altamente desconfiada de sus representantes: ya no necesitaban confiar, desde la asamblea podían controlarlo todo directamente.

Este principio de la desconfianza en la política es expresión de un sentido común más amplio en el que se incluyen todas las relaciones sociales. En el nivel de lo intelectual, este es el principio con que el pensamiento económico ha colonizado todas las otras formas de mirar lo social³. Y, en el nivel del sentido común, es la estrategia mediante la cual se sigue dividiendo a los sectores subalternos. La expresión más extrema de esto último es el miedo, el miedo al otro, al vecino, a los representantes, es la paranoia con que se sostiene el neoliberalismo⁴.

En el caso específico que estamos revisando, esta concepción de representación basada en la desconfianza, impide superar la forma primitiva de la asamblea horizontal y permanente. Construir confianza, que es la base de toda asociatividad, es quizás uno de los mayores desafíos que se puede proponer una organización humana, pues supone que las personas pueden efectivamente entenderse las unas a las otras, y forjar pactos. Esto no es algo dado, sino que requiere un esfuerzo colectivo por debatir, agotar las diferencias y resolverlas democráticamente. Esta práctica no es posible producirla en una situación de asamblea.

Lo mismo ocurre con la transparencia. Base de un entendimiento claro y de la construcción misma de confianzas, la transparencia puede devenir recurso perverso, cuando se concibe desde la premisa de que la confianza es imposible, y por tanto, de que todo debe ser transparente. Esto deriva en la formación de organizaciones con burocracia y procedimientos panópticos, para permitir que cada individuo pueda ver por sus propios ojos cada instancia y momento de la organización. Además de lo ineficaces que son estos procedimientos, la transparencia absoluta impide un debate sincero de posturas, como explorar discusiones o alternativas que no son populares, pues el ojo vigilante obliga a priorizar el aplauso de la galería.

Sumado a lo anterior, una apropiación no crítica de la cultura política de la asamblea, produce una concepción sumamente individualista de la representación. Se pierde de vista que el representante es representante de una colectividad, de un todo que es más que la suma de las partes y, en cambio, se busca la representación de lo particular, de cada persona, a través del representante. La falta de autoconciencia sobre lo imponente de la cultura individualista en nuestra sociedad, y la forma en que nos constituye a cada uno de nosotros, hace que se pierda de vista cuán capaz es de reinterpretar la idea misma de representación. No hay colectividad, solo pequeños pedazos inconexos, individuos, que buscan su reflejo en el espejo de la representación. Así, se dificulta enormemente la representación de un proyecto colectivo, para que decir histórico, pues la demanda del individuo es permanentemente ver su parcialidad reflejada en lo general.

Semejante problema es el que ocurre con la idea de conducción. El desarme político general de nuestra sociedad, implementado por la dictadura y continuado por la Concertación, vuelve inconcebible una de las ideas que más le costó forjar a la izquierda en su propio proceso de maduración durante el siglo XX: la necesidad de construir una mirada común sobre la totalidad social para poder definir un curso efectivo de acción política. Esto presupone asumir que la experiencia individual, parcial y local, es siempre insuficiente para construir un diagnóstico y una acción política efectiva para intervenir en el conjunto de las correlaciones de fuerzas que forman un orden social. Por lo tanto, una organización política debe apostar a constituirse como un intelectual colectivo, donde sus componentes aportan desde la experiencia y parcialidad que cada uno representa, no para buscar la solución del problema individual de cada uno, sino para construir una mirada común sobre el escenario político, a partir de la cual definir un curso de acción coherente con el interés colectivo de la organización.

³ Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: Lom Ediciones.

⁴ *Ibid.*

Semejante reflexión es imposible si se naturaliza la forma asamblea como base de la construcción de una organización política. Al contrario, los partidos socialista y comunistas chilenos durante el siglo XX, a modo de ejemplo, hicieron enormes esfuerzos por formar y resguardar a sus miembros más orientados a construir esta mirada de la totalidad, a modo de construir una dirección política y conducción efectiva sobre la lucha política. No se trata de establecer una división de funciones que extraiga la soberanía del militante de base, pero sí reconocer el rol de la conducción, tanto en el deber como en la necesidad de producir esa mirada sobre el escenario global, y nutrir de ella el resto de la organización.

IV. CONSIDERACIONES DE CULTURA POLÍTICA PARA UNA IZQUIERDA DEL SIGLO XXI

El sentido de este artículo no es renegar de la asamblea. Como una forma de organización más, debe ser siempre una herramienta disponible para toda organización social y política, reconociendo sus virtudes y desventajas. No se trata, tampoco, de alterar la forma en que se organiza el mundo social. Varias de las dinámicas tratadas aquí seguirán siendo habituales en las organizaciones sociales y de base, y no debe negarse su rol fundamental en construir cimientos para la organización general de la sociedad. El punto es que la tarea de construir una organización política orientada a transformar el modelo social y económico de una sociedad requiere, entre otras cosas, preguntarse sobre cuál es la cultura política necesaria para lograr dichos cambios.

El camino de la generación 2011 recién comienza. La experiencia de las movilizaciones vividas marca un sello fundacional que le entrega a esta generación mucha de su fortaleza y determinación para abordar el presente. Dicha impronta, debe ser el sustrato rebelde que oriente su maduración como proyecto histórico. Avanzar en esa dirección, requiere siempre un ejercicio de humildad y desentrañamiento, que permita tomar conciencia de la forma en que precisamente aquello que se quiere cambiar, anida en uno mismo, y que el primer paso para cambiar la realidad, es constituirse en el sujeto colectivo que pueda proponerse realizar esa tarea.

Reflexionar sobre la herencia del ciclo de movilizaciones estudiantiles es un primer paso para proponerse seriamente devenir en proyecto político. Asumir el déficit negativo en términos de cultura y práctica de debate democrático permitirá abordar, en toda su complejidad, el desafío de construir organizaciones democráticas en un sentido sustantivo, más allá de los eslóganes y el recurso *ad nauseam* de la democracia procedimental. Del mismo modo, esta generación debe elaborar sus propias concepciones de representación, transparencia y conducción, a partir de un debate ponderado sobre cuáles son las formas y procedimiento que de mejor manera permitirán orientar la acción colectiva hacia lograr efectivamente transformar la realidad.

Ninguno de estos temas tiene respuestas preestablecidas. Es importante estudiar la historia de las luchas pasadas, no para copiar sus soluciones, sino porque ahí encontraremos hombres y mujeres que en su propio momento se hicieron estas mismas preguntas, y cuya experiencia y argumentos permiten nutrir nuestra propia reflexión. A la vez, el ejercicio de tomar conciencia sobre las prácticas que reproducimos de nuestra sociedad neoliberal y machista no es algo que pueda resolverse individualmente. Solo asumiendo colectivamente el desafío de ser autoconscientes, podremos construir los hábitos y las prácticas que nos permitan empujarnos los unos a los otros a tomar conciencia sobre nuestros propios sesgos y limitaciones. Hacerlo requiere asumir como generación la difícil tarea de aprender a debatir y a entendernos. Es la base de nuestra emancipación. ▼